

Relato

Emy Luna

El olor de Luisiana

Relato publicado en la Antología de Mujeres viajeras, mejor libro de viajes femenino de habla hispana en USA.

Nunca dudé de mi capacidad de adaptación, como tampoco dudé de la existencia de la suerte. Aquel verano en Luisiana la casualidad me demostró que era posible la combinación de ambas.

Desde que me licencié en Biología sólo me había interesado mi profesión. A mi edad, mis amigas ya habían formado su propia familia y comprado casas, coches... Habían mejorado su status profesional y social y yo aún seguía emocionándome con mi vida errante avistando aves y recorriendo miles de kilómetros para escuchar el chirrido de las cícadas en verano. Fue precisamente mi pasión por las aves y los insectos lo que me llevó al sur de EEUU. La Universidad de Luisiana me acababa de conceder una beca para estudiar, además de los pájaros propios de la zona, el fenómeno de las cícadas, mágicos insectos de los bosques sureños cuyo curioso ciclo vital me apasionaba.

Me instalé en una casa preciosa cerca de la escuela, de una planta con porche sostenido por columnas y contraventanas de persianas, en las afueras de Baton Rouge. Pasaba las mañanas de los martes con el profesor que más me gustaba y dos estudiantes japoneses. Las tardes las empleaba en recorrer los bosques de cipreses de agua, la zona de los lagos y en disfrutar con el olor de los majestuosos magnolios y los *Live Oak*, robles centenarios con sus collares de *Spanish Moss*. El fin de semana visitaba los pantanos y fotografiaba a los armadillos, mapaches y zarigüeyas; si había tormenta me quedaba en casa, admirando tras los cristales la fuerza de una naturaleza exultante y poderosa. El bosque de Luisiana parecía pertenecer al mundo de los sueños entre la

niebla matinal y los troncos huérfanos de los cipreses que, en medio de las aguas pantanosas, elevaban sus brazos huesudos a un cielo cercano y lechoso. Bajo la superficie, se sospechaba el río Mississippi recorriendo los campos, las ciudades. En el ambiente reinaba una atmósfera y un olor especial. Diferente a todo lo que había conocido hasta entonces.

No había dejado de trabajar desde que llegué a la Universidad. Ahora estaba haciendo un estudio sobre el Cardenal rojo y el Blue Jay, dos especies de aves de la zona que me apabullaban con el colorido de su plumaje. Esperaba que mi profesor aplaudiese mi iniciativa, porque me estaba costando muchas horas de observación escondida entre las aguas pantanosas. Él no decía nada y eso no hacía más que intensificar mi interés por él. Era el típico gringo del sur tímido, conservador y apasionado de la Naturaleza. Por desgracia, los encantos de los que yo estaba tan orgullosa no parecían funcionar con él.

Una tarde en que el cielo comenzó a ponerse de un color verde eléctrico, los arboles parecían querer sacar sus raíces de la tierra y los pájaros gritaban como locos, la sirena de la Universidad comenzó a dar la señal de alarma y mi Iphone mostraba un mensaje parpadeante: ¡Watch!. Un tornado se aproximaba. Fui en bicicleta hasta el edificio principal donde con rigurosa calma los alumnos y profesores esperaban su turno para entrar a protegerse de lo que se avecinaba. Él estaba allí y me vio llegar desde el umbral de la puerta. En medio del atasco se acercó a mí, me agarró del brazo y me arrastró con él a una especie de habitación construida *ad hoc*. No podría describir ahora el aspecto del habitáculo. Tampoco cuánto tiempo transcurrió hasta que la sirena de la Universidad volvió a sonar para comunicar que el peligro había pasado. Una hora, un día, dos... El doctor Boudreaux, así se llamaba mi profesor, se despidió de mí con cortesía, mientras yo me aferraba a los últimos segundos que quedaban para que llegara su hijo a recogerlo.

Cuando me había hecho a la idea de que no tenía nada que hacer con un señor que ya tenía una familia, recibí una invitación para cenar acompañada de una caja forrada de papel dorado. Dentro había una hermosa flor de magnolio y en un lado una nota.

En la cena me habló de su infancia en Luisiana, de su amor por los lagos y los pantanos...De que nunca, desde que quedó viudo, le habían gustado tanto las alarmas de tornado ni las clases de los martes. Cuando me acosté aquella noche, metí la flor en el jarrón que me regaló mi madre la última Navidad y abrí el sobre. Era una acuarela. Me dormí mirando el dibujo de una pareja de Cardenales rojos sobre una rama de roble. Disimulada bajo la aguada transparente, rezaba una frase: *Gracias por despertarme del sueño y recordarme como huelen los magnolios.*

Microrrelatos

Fuego

Inmaculada García Haro

“Bajó la ventanilla del asiento del acompañante y arrojó la colilla encendida lo más lejos posible. Repitió la misma escena varias veces. No reparó en las casas cercanas ni en los niños que jugaban por el sendero. El olor del dinero era el único humo que cegaba sus ojos.”

El artista asimétrico

Sara Levesque

Cerrando todos los bares, recuerda la victoria de su propia existencia, cuando le conocían y era número uno en ventas. Ahora se tira a una rubia detrás de otra, bebiendo sin sed. Duerme sin sueño. Los días dorados pasaron a mejor vida mientras él ansía oxígeno en la peor cara de la moneda, hasta que se cansa de respirar. A este virtuoso, ahora miembro de la bajeza, solo le quedan sus propias mentiras, solo le aguantan sus viejas traiciones.

En la orilla

Lola Buendía

Caminaba abstraída por la orilla del mar; me sentía leve y resuelta: debía ejercitarme en suprimir las sensaciones; así llegaría, tal vez, a lograr ese estado de nirvana próximo a lo espiritual, anclarme en el presente sin espacio ni tiempo. Me esforcé en ignorar la grisura plateada del espejo acuoso, los alientos salobres de la tenue brisa, las puntillas nacaradas que cosquilleaban mis pies; hice oídos sordos a los graznidos de las gaviotas y a las risas de los niños de Sorolla.

Al final del recorrido...sólo mi yo enajenado y el horizonte. El sol buscaba reposo en su lecho anaranjado. Caminé imantada hacia él...

Un vigilante de playa, experto en bañistas con tendencia suicida, me devolvió a la orilla.

Sara la Relojera

Francisco Marcos

El ovalo de su rostro debía tener la proporción, si no aurea, al menos divina; pero la fascinación que ejercía sobre Ramón era de otra índole, de la misma que ejerce la llama de una hoguera.

Ramón se percató de que no era la piel transparente de su rostro, ni la belleza del ojo libre del monóculo de relojero o la visión de los largos dedos que sujetaban la pinza, lo que le transportaba a ese confortable estado. Se dio cuenta de que el plus de concentración necesario para trabajar sobre piezas minúsculas era lo que transmitía esa cálida energía que le envolvía.

Sara no podía sospechar la verdadera razón de las visitas de aquel coleccionista de relojes clásicos que día tras día le llevaba un ejemplar para su puesta a punto. Como mujer que entiende de hombres, sabía que Ramón era del tipo que adora la estética de la singularidad femenina en todas sus manifestaciones; lo que Sara no sabía es que estaba hipnotizando a Ramón con el ronroneo de su mente fabril.

Un día, mientras trabajaba, de súbito levantó la mirada hacia él y vio unos ojos sedados por la más sutil seda que tejer se pudiera. Sara, con dificultad, continuó con su trabajo deslumbrada por el reflejo de su propia llama capturada en los ojos de Ramón.